

Cuando el sonido sagrado despertó al mundo

El temible dios azteca del firmamento y la noche, Tezcatlipoca, caminaba de un lado a otro por la silenciosa llanura de una tierra desolada. Adondequiera que miraba, había una monotonía soporífera surgida de un silencio vacío. Hombres y mujeres se dedicaban a su vida, pasando de un día a otro sin alegría, deleite ni sentido de propósito elevado. No había risas ni cantos de aves, ni siquiera el parloteo de los insectos. Todo parecía tan solo existir, y en esa callada quietud, nadie recordaba a los dioses.

—Esto ha venido sucediendo durante mucho tiempo. Ha llegado el momento de ponerle remedio —decidió Tezcatlipoca. Él era, después de todo, el dios del firmamento, el que todo lo ve, el visionario. Él sabía exactamente lo que aquejaba a la Tierra y lo que necesitaba hacerse, y no, no iba a ser fácil.

Mientras echaba humo, las franjas negras de su rostro pulsaban con tal fuerza que plegaban el firmamento con sombras grises y azules melancólicos. *—¡Oh! ¿Dónde está Quetzalcóatl, el dios del viento, cuando uno lo necesita? ¡Su habilidad para moverse como ningún otro es crucial para mi plan de rescatar la Tierra de su sombrío silencio! Sin duda está ocupado agitando los océanos ahora que es temporada de huracanes* —pensó Tezcatlipoca con impaciencia.

En ese preciso momento, Quetzalcóatl apareció detrás de las nubes en todo su esplendor serpentino y emplumado, y aterrizó con un poderoso rugido, sacudiendo sus plumas mojadas y sorprendiendo a Tezcatlipoca, sacándolo de su ensueño.

¿Era eso realmente necesario? —preguntó el dios del firmamento, con sus protuberantes negros ojos brillantes.

Mira Firmamento, estoy muy ocupado azotando las olas. Entonces ¿Por qué me llamaste? Si no es demasiado urgente, tendré que reunirme contigo más tarde.

El dios del firmamento suspiró. — Viento, ¡si serás presuntuoso! Ahora, deja tus fanfarronadas y dime qué escuchas.

Quetzalcóatl aguzó sus orejas emplumadas. — ¡No escucho absolutamente nada! —exclamó.

— ¡Exactamente! ¡Nada! No suena ni una sola nota melódica, ningún dulce sonido para complacer al corazón. Ni ningún canto para adorarnos y alabarnos.

Los ojos de Tezcatlipoca se abrieron mientras exploraba el horizonte delante suyo y proclamó: — El mundo necesita la semilla de la música para sacudir todos elementos, ¡para que despierten y florezcan!

— Sí, tienes toda la razón Firmamento. Pero, ¿qué podemos hacer para corregir esto?

— Viento, ¿me creerías si te digo que Tonatiuh, el dios Sol, tiene una casa llena de músicos celestiales que tocan para él desde que amanece hasta que anochece? ¡Qué diferente debe ser su vida! ¡Qué alegre y serena! Pero se rehúsa a compartirlos con nosotros — dijo Tezcatlipoca.

— ¿No los va a compartir? ¡Cómo se atreve a ser tan egoísta! — coincidió Quetzalcóatl.

— ¡Efectivamente! Necesito que viajes a la Casa del Sol y traigas a la Tierra a sus mejores músicos e instrumentos divinos. Recuerda, necesitamos despertar al mundo. Esto *debe* suceder. Necesitamos música — manifestó Tezcatlipoca.

El dios Viento se puso a la orden. — ¡No se diga más, Firmamento! Solo dime qué hacer. Lo llevaré a cabo y traeré a esos músicos a la Tierra.

— Escucha con atención, para que llegues a Sol, necesitas invocar a mis fidedignos y hábiles asistentes: la Ballena, la Mujer Agua y la Tortuga. Ellos

pueden hacer un puente que te permitirá cruzar tanto el reino terrenal como el celestial —explicó Tezcatlipoca.

En un instante, Viento se precipitó hacia la costa. Ahí convocó a los tres ayudantes mágicos, ordenándoles tejer un puente resistente hacia el firmamento. Con sus poderes sobrenaturales, los tres espíritus entrelazaron sus formas para crear una soga fuerte. La soga en espiral se expandía más allá de las nubes hacia enormes alturas. Se convirtió en un puente indestructible que se extendía hacia el sol.

Con un zumbido de deleite, el dios del viento abrió sus magníficas alas y empezó a elevarse hacia los cielos. Utilizando el puente como guía, subió y voló, alcanzando pronto la cima. A la distancia podía ver las luminosas puertas de la casa del dios sol. Pero llegar ahí no era fácil. Altas paredes que se retorcían como un laberinto parecían llevarlo en círculos.

Viento hizo una pausa. En ese momento de quietud, escuchó un sonido místico, una armonía que era a la vez suave y vibrante, ligera y fuerte, plena y resonante. Nunca había sentido una agitación así. Cada poro de su ser despertó. El sonido lo llevó hacia dentro de sí mismo, ¡pero también lo hizo sentir parte de todo lo que le rodeaba! Era como si hubiera descubierto el acorde melódico que parecía cimentar el universo mismo. El laberinto desapareció de manera instantánea, y Quetzalcóatl resplandeció con una claridad interior. Con pasos seguros, caminó hacia el santuario del radiante dios sol.

En el gran e iridiscente patio de Tonatiuh, estaban los músicos que eran el origen de esa música cautivante. Exquisitas armonías surgían de los flautistas vestidos de amarillo dorado, de los juglares errantes ataviados de color azul celeste, de los intérpretes de canciones de cuna con ropajes de color blanco relajante, y de los cantantes de canciones de amor vestidos de rojo vibrante. Su música brillaba de devoción y profundo amor por los dioses. Todo lo que Quetzalcóatl veía y escuchaba de estos músicos expresaba luz, alegría y vida.

—*Oh sí, esto es exactamente lo que la Tierra necesita* —pensó Quetzalcóatl.

Inspirado y determinado, empezó a cantar su propia canción, buscando atraer a los músicos hacia él. Con una voz llena de esperanza y anhelo, cantó sobre la compasión y el amor, la gratitud y la misericordia, y la bondad y la generosidad. Al escuchar el estribillo de Quetzalcóatl, Tonatiuh agitó su melena de plumas de colibrí y apretó en puño sus manos con garras de águila. Lleno de ira, salió de su santuario hacia el patio y rápidamente calló a sus músicos. Les advirtió que si alguno de ellos respondía al tentador llamado de Viento, sería expulsado de su cálida guarida y quedaría por siempre atrapado en las frías y oscuras garras del mundo de Quetzalcóatl.

A pesar de sus advertencias, algunos de los músicos sintieron que la canción del dios viento era completamente melodiosa y encantadora, y respondieron de buen grado. Conforme se movían para seguirlo, llevaban consigo todos sus instrumentos divinos, como el *tlapizalli*, la meliflua flauta multicámara, y los tambores llamados *huehuétl*, y el *teponaztli* que hacía surgir la valentía y el valor en sus escuchas.

Quetzalcóatl guio a los músicos hacia el puente mágico donde subieron a su espalda emplumada. Luego, siguiendo el sendero brillante, se precipitó hacia abajo como una elegante cascada, lista para saciar la infinita sed del mundo.

La Tierra percibió su inminente llegada y suspiró con alivio. Quetzalcóatl aterrizó con un gesto triunfal y observó con satisfacción mientras que los músicos desembarcaran en su nuevo hogar. Luego agradeció efusivamente a los ingeniosos creadores del puente por su servicio.

Los músicos, con los ojos bien abiertos de asombro, caminaron por esa tierra ajena, absorbiendo el curioso silencio del mundo. Luego, sosteniendo sus instrumentos, empezaron a tocar lento tiernas notas de música. Los cantores alzaron su voz en un canto divino. Sus primeras notas se movieron a través del silencio de la tierra, del agua y del aire. Melodías rítmicas, puras y melifluas, fluían de un lado al otro de la Tierra envolviendo todo en su dulce resonancia.

¡Los ríos, que habían fluido en silencio durante eras, ahora borboteaban con alegría y balbuceaban a las riberas. Las fangosas márgenes de los ríos llamaban amorosas a los árboles. Los árboles agitaban sus copas somnolientas, desplegando millones de hojas que se pavoneaban y se mecían al ritmo de las melodías dadoras de vida. Las aves estallaron en millones de canciones, las flores crecían en fragancia, tentando con su dulce néctar a las alegres abejas, y las mariposas empezaban a ataviarse con cada color del arcoíris!

Uno a uno, los animales de la Tierra descubrieron su propio sonido. Los elefantes barritaron majestuosamente, los leones rugieron y ronronearon, los lobos aullaron triunfantes. De la más grande a la más pequeña, cada creatura prestó su aguda, sincopada, percusiva, misteriosa y cantarina voz al naciente sonido de la Tierra.

En cuanto a los seres humanos, también ellos descubrieron su dulzura y armonía. Sus cantos resonaron rebosantes de alegría y gratitud por el sonido dador de vida que los había regenerado e inspirado. Cantaron y danzaron en alabanza a los dioses por la magnificencia del agua y del fuego, del sonido y del silencio, de la oscuridad de la noche y de la resplandeciente luz del día.

Desde entonces, la música se volvió el idioma universal del alma que inspira amor, esperanza, gracia y gratitud. Y consagrado en cada nota melódica, está el sonido sagrado que dio vida a la nutricia y eterna sinfonía de la vida en la Tierra.



© 2020 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta historia está inspirada en la mitología azteca.